

El catálogo Latinoamericano

El escritor Peter K. Wehrli (Zúrich - Suiza) comprobó en uno de sus viajes haber olvidado la cámara fotográfica. Después de la rabia inicial contra él mismo, le vino la idea de elaborar las imágenes de la memoria, no con la cámara, sino con los recursos del lenguaje.

14. la puesta de sol

el acto que en un pedazo de papel, de pie en la borda del "Augustus" y frente a la costa pernambucana, Theo y yo, conmovidos, levantamos de la más gigantesca puesta de sol del hemisferio occidental; lo escribimos para que el ruido de la voz no diluya el acontecimiento,

14 a. y esa primera puesta de sol escrita simultáneamente con su transcurso natural que —mientras Theo se quitaba los lentes para poder contemplar sin filtros la bola de fuego en el horizonte— impuso esta anotación:

"En este momento ha dejado de gustarme el artificio que desde hace mucho tiempo se había convertido en costumbre, de la vida contemplada a través de los lentes de sol: He de alejar el 'verde polaroid' de mi retina. Entonces resplandecen todos los colores, se hacen independientes, el rojo vuelve a ser rojo, sin un halito de verde, el azul vuelve a ser propiamente azul, sin amortiguamientos, sin la artificial corrección del filtro; el sol moribundo es para los ojos como una dolorosa picadura de avispa. Honestamente me parece una frase increíblemente importante: 'Entonces vuelve a ser rojo'; ¡caso sea esto lo que nos ha hecho emprender nuestra gira sudamericana! Pero debemos librarnos de nuestra tercera polaroid de civilizados, especialmente porque otros pueblos todavía no lo pueden hacer. Sea de ello lo que fuere, me quedo mirando fijamente la ardiente bola amarillorozazul, tan cautivado, que con los ojos cerrados sigue deslumbrándome; por largo tiempo seguirá ardiendo en mi retina".

20. las botas

las botas de los soldados torturadores de que habló Geraldine Chaplin en su papel de María en la película "Los ojos vendados", estas secas frases sobre las botas, frases tan martilleantes, que de repente veo ante mí las botas de un joven soldado chileno,

20 a. y el terror taladrante de que las arrugadas botas, que ahora en un primer plano tengo ante mis ojos, sean las mismas de aquel joven soldado que el 7 de diciembre de 1974, poco después del golpe de Pinochet, me había detenido en Punta Arenas, durante mi paseo por la orilla del Estrecho de Magallanes.

20 b. y el nerviosismo con que mi cuerpo empezó a temblar cuando aquel soldado, empujándome con su arma de combate, me decía: "Estás usted sospechosamente nervioso".

20 c. y el grito espantoso, cortante, reiteradamente repetido, de aquel matón con su arma cargada; las cuatro palabras ladridas con que bloqueaba cada una de mis frases de explicación: "¡No te creo nunca!" ;"No te creo nunca!"

20 d. y los gritos del soldado, taladrantes como pincharos en mi oído, que incluso cuando un capitán me interrogaba en el cuartel de Punta Arenas, a cada una de las respuestas seguía exclamando en la triste sala: "¡No te creo nunca!" ;"No te creo nunca!"

20 e. y el abatimiento de mis miembros, manifestación física de la resignación, como si los huesos de los brazos y las piernas me hubiesen sido operados; la languidez que se apoderó de mí, porque durante el interrogatorio, en mi cerebro bullían los rumores acerca de lo que acontecía en el estadio de Santiago,

20 f. y la aterradora risotada con que el capitán evaporó mi declaración cuando, al preguntarme qué se me había perdido aquí, le respondí con toda sinceridad y simplicidad: "Quería ver el agua del Estrecho de Magallanes".

20 g. y la leve sorpresa que se apoderó de mí porque repentinamente ya no tenía que oponer mi voz a la voz del soldado armado del rincón, pues esta vez este sólo vociferó su "¡No te creo nunca!" cuando ya había terminado mi frase.

20 h. y el letrero por cuyo delante pasé y que los militares, después del sangriento fin de tres años de gobierno de Salvador Allende, junto a los retratos de los 'revolucionarios más buscados' Jaime Carvajal y Antonia



Miguel Cheung Nata - Jornada hacia la paz

"Fuchslocher", había pegado en la pared de madera del corredor; "Apresúrennos!", "Llevamos tres años de atraso!".

20 i. y la explicación oída por Jaime Vogel después de mi liberación, de que mi paseo por la orilla del Estrecho de Magallanes había tenido un fin tan fatal porque la isla que yo contemplaba desde la orilla es la isla de Dawson, donde están los campos de concentración de los partidos de Allen-de.

20 k. y el ambiente gélido que reinaba sobre la calle delantera de nuestra ventana, penumbrosa aun de noche y que el comienzo del toque de queda convertía en un paisaje fantasmal; la atmósfera plomiza que había interferido un gato que como exhalación cruzaba la calle desierta en el preciso momento en que, después de mi liberación, Theo y yo nos saludábamos en un alemán encubridor con las palabras "Viva Allende!".

20 l. y mi desilusionada comprobación, momentos después del frugor de la memoria, de que todos estos recuerdos los ha desatado la secuencia en que Geraldine Chaplin hablaba de las botas del soldado torturador,

20 m. y mi curioso deseo de que algún día por fin pueda verificar si algo opuesto o, incluso, contrario podría desencadenar ciertos recuerdos.

22. la tierra

el peón que con ropa ensangrentada se mueve por Tocantins y del que me dijeron que se alimenta de tierra, que yo interpreté —naturalmente— como que comía lo que la tierra produce, hasta que mi vecino de enfrente me hizo notar mi terrible malentendido, que después no ha dejado de intranquilizarme durante el día, pues la tierra, así como suena, constituye realmente el alimento principal de ese hombre.

28. la pila del agua bendita

el gesto fugaz con que en la plaza, antes de adentrarse en las olas, los surfistas mojan la mano en el agua y se santiguan, como si el Atlántico fuera una gigantesca pila de agua bendita, de miles de kilómetros cuadrados.

37. la analfabeta

la analfabeta, que por tal ha tenido a la mujer que viajaba con pasaporte árabe en el jumbo de 'British Airways' por el hecho de que la azafata tuvo que llenarle la hoja de entrada a Antigua y Bermudas.

37 a. y la precipitación de mi juicio, que se pone de manifiesto en que he tenido a esa mujer por analfabeta solamente porque no podía escribir en el alfabeto latino

42. las cuerdas vocales.

el italiano mezclado de palabras españolas de los dos empresarios claramente felices sentados en la mesa vecina del 'Pan Perú', su conversación sobre lo que diaria y semanalmente produce cada obrero de sus fábricas, lo que rinde el contacto con fulano y zutano, esta conversación, mantenida con terrible banalidad, que me provoca la atrevida pregunta: ¿dirían las mismas cosas si las cuerdas vocales humanas se gastaran definitivamente después de pronunciar mil frases?

50. la red

el ritmo con que los pescadores de Fortaleza pisán la arena cuando arrastran sus redes, y el tronco de sus círculos con la soga enroscada, que tan recto e inmóvil impulsan hacia delante, como si en la red todos los pescadores nadaran por sus propias fuerzas hacia la playa.

84. la monstruosidad

las monstruosidades que los europeos han cometido con los indígenas desde el denominado Descubrimiento de América, y las que ahora, en 1994, me parecen se han venido a añadir una más, cuando en el segundo día de carnaval de Recife, en la 'Avenida Guararapes' oigo anunciar a través de los altoparlantes que los indios de las etnias Tupí-Guaraní y Tapajos no podrán bailar sus danzas, que bailan descalzos, porque las calles están sembradas de trozos de vidrio de las botellas de cerveza destrozadas.

85. el abrazo

la fórmula boliviana de saludo ('abrazo') que no se reduce a simples palabras, pues siempre incluye el abrazo, que los bolivianos dan al saludar o por lo menos lo insinúan con sus gestos,

85 a. y la cáscara vacía, esta ridícula palabra engañosa en que se ha convertido "abrazo" cuando me atreví a abrazar a la persona de Alemania que en su carta se había despedido con un 'Abrazos'.

89. las armas

la inversión de situaciones en el carnaval pernambucano en que estoy metido y, sobre todo, también la sustitución de armas de lucha por la supervivencia, donde los desheredados reclaman su derecho en el baile; los niños de la calle explotados, su patria en el frenesí; el sin techo que habita bajo un cartón de frigorífico Siemens en la acera de la 'Rúa do Sol', su derecho al calor humano en la pérdida de los sentidos; las víctimas, su venganza en la insolencia; los repudiados, su respeto en el vértigo.

98. las cualidades

las cualidades innatas de los gallos de pelea (arrancarse mutuamente las plumas, triturar los muslos, hendir la piel, vaciar los ojos, picotear el cráneo, etc.), que desearía fueran realmente cualidades de los gallos de pelea, pues, ahora, en el 'Palacio do Galo' de Beberibe, no me abandona el sentimiento de que se trata de cualidades de los hombres, pacientemente inculcadas a los gallos.

100. el improprio

que la palabra 'libro' pueda utilizarse como impropio y que el libro pueda ser tenido por un objeto repugnante y asqueroso, la transmutación de una cosa para mí valiosa, que solo puede experimentarse en el 'Cowboy-Club' de la Praça Maua, ya que solamente allí se puede oír a un ratero decir disimuladamente a su colega: "...al meter mano en su bolita... ¡te imaginas lo que he encontrado!... ¡Sólo un libro!"

